



Me dispongo

“ En lo más profundo de su ser divino, Dios es Amor. Y ama a sus criaturas humanas de una manera exagerada, siempre dispuesto a perdonar y a olvidar... si la criatura quiere.

–Guillermo Rovirosa, O.C. TII. 221

“ Es necesario pensar que todos nosotros somos un ejército de perdonados. Todos nosotros hemos sido mirados con compasión divina.

–Gaudete et exultate, 82



Cada mañana

*Cada mañana sales al balcón
y oteas el horizonte
por ver si vuelvo.*

*Cada mañana bajas saltando las escaleras
y echas a correr por el campo
cuando me adivinas a lo lejos.*

*Cada mañana me cortas la palabra
y te abalanzas sobre mí
y me rodeas con un abrazo redondo
el cuerpo entero.*

*Cada mañana contratas la banda de músicos
y organizas una fiesta por mí
por el ancho mundo.*

*Cada mañana me dices al oído
con voz de primavera:
Hoy puedes empezar de cero.*

(P. Loidi)

Una mirada a la vida

Realmente somos, como dice el Papa, un ejército de perdonados, por ese Dios siempre dispuesto a perdonar y olvidar. Para poder acoger su perdón, haz presente a aquellos que esperan el tuyo, y a aquellos a quienes debes pedirles perdón. Recuerda los momentos en que se ha roto la comunión, en casa, entre los vecinos o compañeros de trabajo, en el equipo, en la asociación o el barrio, en el sindicato o en tu parroquia... **¿Hacia quienes te has de encaminar para restaurar la fraternidad y empezar de nuevo?**



Acojo la Palabra del Señor...

Lc 15,1-3.11-32: «Este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido».



Solían acercarse a Jesús todos los publicanos y los pecadores a escucharlo. Y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: «Ese acoge a los pecadores y come con ellos». Jesús les dijo esta parábola:

«Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre: “Padre, dame la parte que me toca de la fortuna”. El padre les repartió los bienes. No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, se marchó a un país lejano, y

allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente. Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad. Fue entonces y se contrató con uno de los ciudadanos de aquel país que lo mandó a sus campos a apacentar cerdos. Deseaba saciarse de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba nada. Recapacitando entonces, se dijo: “Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me levantaré, me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros”. Se levantó y vino adonde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se le conmovieron las entrañas; y, echando a correr, se le echó al cuello y lo cubrió de besos. Su hijo le dijo: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo”.

Pero el padre dijo a sus criados: “Sacad enseguida la mejor túnica y vestídsela; ponédle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y sacrificadlo; comamos y celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado”. Y empezaron a celebrar el banquete. Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y la danza, y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. Este le contestó: “Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha sacrificado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud”. Él se indignó y no quería entrar, pero su padre salió e intentaba persuadirlo. Entonces él respondió a su padre: “Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; en cambio, cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado”. Él le dijo: “Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero era preciso celebrar un banquete y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado”».

Palabra del Señor



Hago mía esta Palabra

Muchas veces hemos escuchado la parábola del hijo pródigo. Nos hemos detenido en ese hijo malo que se deja arrastrar por sus deseos, por su egoísmo. Que no se relaciona con las personas como hermanos, sino que las utiliza y cosifica en su propio provecho.

O lo hemos hecho en el hermano mayor, cumplidor, pero que también ha reducido la relación con el Padre a un código de conducta, que tampoco sabe vivir en casa del padre. Aunque esté cerca del padre, no sabe tampoco de amor. El hermano mayor decía la verdad y cumplió las normas, pero eso no le sirvió para tener un corazón misericordiosamente entrañado. No es lo mismo vivir la fe que ser religioso.

O, finalmente, nos hemos parado en la contemplación de ese padre amoroso, y herido, capaz de perdonar, y dolido por la dureza de corazón.

La parábola nos interpela. Parece que me hablan a mí, conmigo, y que hablo yo. ¡Tanto me veo reflejado en ella! ¡Tanto que podría escribirla desde mi historia! Quizá algo como esto:

«Tenía en tu casa todo lo que necesitaba para ser humano y dar sentido a mi existencia, todo lo que podía hacerme feliz, pero seguía escuchando las propuestas de este mundo, que me invitaban a preocuparme solo de mí, a buscar mi propio interés, a justificar mi egoísmo, a buscar otra felicidad que deslumbraba. Me repetía cada día esas razones, buscando mayor justificación. Así que, al final, me marché de casa: opté por el individualismo (de qué sirve el sindicato; cada palo que aguante su vela), por el placer sin límite (a costa de quien sea), por gastar y comprar como si todo me fuera imprescindible. Tuve que echar más horas en mi trabajo para ganar más, en las condiciones que fuera.

Abandoné la familia (no tenía tiempo para ella) mis compromisos (¿por qué atarse de por vida a nada?) mis convicciones (hay que hacerse a los otros, para que te acepten) incluso renuncié a mis derechos de todo tipo, a cambio de ganar y sentirme "parte del sistema". Al final fue el sistema me abandonó a mí. Me quedé sin todo a lo que renuncié, y sin todo aquello por lo que había renunciado: me despidieron del trabajo (la crisis, los recortes...), mi hermosa casa (no pude pagar la hipoteca), el dinero, y con ello la posición social que tanto me costó. Ya no era parte de nada ni de nadie; es más, ya no era centro de nada; ya no era nada y –casi– no era nadie. Era descartable, y me sustituyeron por alguien más barato.

Fue esa nada (esa hambre) la que me hizo replantearme mi vida. Cuando nadie buscaba mi compañía, me descubrí en compañía de los descartados. Y, en medio de las sombras, descubrí en su sencilla acogida y en su solidaridad tu figura que, a lo lejos, me seguía esperando. Resonó, de nuevo en mis oídos tu voz, casi olvidada: ¡Hijo! Y sentí, de nuevo, tu abrazo entrañable: ¡Padre! Y, sobre todo, resonó tu silencio: ni reproches, ni castigos; solo acogida y oportunidad: ¡Este hijo mío estaba muerto, y ha vuelto a la vida!

Y tu amor y tu alegría fueron mi esperanza».

Pido al Señor el don de acoger la reconciliación que reconstruye tu vida, y me pone de nuevo de vuelta a casa del Padre, a la tarea de la fraternidad.



Termino poniéndome, de nuevo, ante el Señor

*Gracias, Padre-Madre,
porque somos tus hijos e hijas.*

*Gracias, Padre-Madre,
porque cuando te pedimos nuestra herencia
para alejarnos de ti, no nos juzgas,
sino que nos miras con cariño y respeto.*

*Gracias, Padre-Madre,
porque cuando perdemos
[nuestro mismo ser
estas esperándonos.*

*Gracias, Padre-Madre,
porque cuando tenemos hambre
nos envías a alguien
que nos dé algo de comer.*

*Gracias, Padre-Madre,
porque cuando llegamos al abismo
de la incongruencia suprema,
al fondo de la nada, nos permites
recuperar la fuerza de la vida,
recordando tu amor.*

*Gracias, Padre-Madre,
porque cuando queremos volver a ser personas,
Tú nos invitas a encontrarnos contigo.
Gracias, Padre-Madre,
porque nos sales al encuentro,
nosotras y nosotros con los ojos en el suelo,
y Tú, mirándonos el rostro
con una sonrisa acogedora.*

*Gracias, Padre-Madre,
porque nos vistes con una vestidura nueva
y nos enjoyas con la caridad hacia los demás.*

*Gracias, Padre-Madre,
porque tu amor y tu misericordia
los encontramos en tantas personas
que nos reflejan tus sentimientos.*

*Gracias, Padre-Madre,
porque me preguntas por mi
[hermano y por mi hermana,
y no permites que
[los desprecie.*

*Gracias, Padre-Madre,
porque quieres que
[comamos juntos
el banquete de tu casa.*

*Gracias, Padre-Madre,
porque nos enderezas la mirada
cuando andamos extraviados.*

*Gracias, Padre-Madre,
porque nos das ternura,
cuando estamos enajenados.*

*Gracias, Padre-Madre,
porque nos das la vida con la muerte
y la resurrección de tu Hijo, el Redentor.*

*Gracias, Padre-Madre,
porque nos haces caminar en la vida
con la fuerza del Espíritu Santo,
el Consolador.*



Y, como siempre, ofrezco mi vida al Señor

*Señor, Jesús, te ofrecemos todo el día...
María, madre de los pobres, ruega por nosotros.*